

COFRADÍA LAS SIETE PALABRAS

José Andrés Cabrerizo Manchado, canónigo de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana

Homilía

SEMANA SANTA 2012

Sermón de las Siete Palabras

6 de abril de 2012

Hace casi cuarenta y cinco años nací en Valladolid, y en mis primeros recuerdos ya está esta Plaza, desde la misma acera donde ahora hablo. La Plaza sigue siendo la misma y es, a la vez, diferente. Están el Ayuntamiento y los soportales que en sus más de cuatro siglos han contemplado el devenir de la Ciudad... poco más queda de la plaza de mi primera infancia: Hay otras banderas en el bello edificio remozado del Consistorio; el edificio del Banco de Santander ha sustituido a los humildes bloques de viviendas y la angosta calleja de San Francisco; los duros adoquines y las bocas del aparcamiento a los frondosos árboles que rodeaban la estatua de Pedro Ansúrez; el almagre de las fachadas y la desaparición de los luminosos comerciales y las viejas armerías...

Pero si la Plaza ha cambiado físicamente, más lo ha hecho lo que esa cáscara urbana esconde: el alma de la Ciudad, que no es otra que la de las gentes que la forman. Esa alma de la Ciudad que es también el alma de nuestra sociedad. ¡Quizá la hemos perdido o puede que solamente esté dormida! A pesar de nuestra historia, de nuestras tradiciones, de nuestras cofradías, incluso del acto que en este momento celebramos. ¿Estamos dispuestos a oír o, más bien, a escuchar lo que Cristo nuestro bien gritó desde la cruz?... si no es así, nuestra Ciudad, nosotros mismos, nos habremos quedado sin alma, sin corazón...

Parafraseando al poeta: ¡Despierta, alma dormida!

para pedir su muerte? ¿Cómo se atreve a llamar ignorantes a aquellos que conocen la Ley y los Profetas mejor que nadie?

Y sin embargo, esa súplica de perdón de Jesús a Dios Padre se dirige a todos los que escuchan sus palabras, porque únicamente no considerándose sabio (autosuficiente) se puede estar abierto a la conversión... entonces y dos mil años después, porque esa petición de perdón al Padre Dios la hace por ti.

Del mismo modo que a aquellos sabios, a nosotros nos resulta escandaloso considerarnos ignorantes: pensamos que todo lo hacemos bien y que no necesitamos ser perdonados. Nos jactamos de que lo que hacemos lo hacemos de buena fe; que todo lo que es producto de nuestra "libertad" (palabra sagrada sobre todas para el que quiera ser moderno), lo es de nuestra conciencia y, por ello, es respetable, sin que pueda recriminárse nos ni llamárse nos la atención.

Sin embargo nuestra conciencia está dañada: Hemos perdido el sentido del pecado, los conceptos del bien y del mal y, más aún, el concepto de Verdad del que aquellos proceden, Verdad que solo se nos revela plenamente en Cristo. Los hemos sustituido por nuestra complacencia, o si quieres, en términos filosóficos, ha triunfado el hombre concupiscible y el irascible sobre el hombre racional. Presumimos de ser sabios y no dejamos que la razón, que es la que trama la conciencia, ilumine nuestras apetencias y nuestras repulsiones.

Jesús hace al Padre esa súplica por cada uno de nosotros. Todos, en cierto modo, hemos abdicado de la Verdad. La hace por ti, esposo o esposa, que te has olvidado de lo que significa el matrimonio, qué es el amor conyugal y qué la apertura a la vida. La hace por ti, padre o madre de familia, que has abdicado de tu papel natural para convertirte en "amigo", eliminando la autoridad en aras de un amor mal entendido. La hace por ti, muchacho, que has creído todos los halagos que hacen a tu juventud, que insisten en tus derechos y no en tus responsabilidades, y que impiden que te conviertas en un hombre o una mujer completo. La hace por ti, enfermo o anciano, que has perdido la esperanza porque te han hecho creer que tu vida ya no sirve y que eres una carga para la sociedad. La hace por ti, empresario o trabajador, que no buscas el sentido social de la propiedad y del trabajo, sino únicamente el beneficio

mo los ejemplos señalados: aparece como un ansia de mayor entrega a una causa noble de solidaridad, de derechos, política o incluso religiosa.

El primer tipo de paraísos es aquel que nos ofrece y potencia la cultura dominante y que no supone sino una forma de alienación del hombre, de hacerle maleable de tal modo que responda a sus pulsiones, emociones o sentimientos y no a su razón. El segundo tipo de paraísos puede parecer noble, pero convertidos en un fin en sí mismos pasan a no ser más que instrumentos al servicio de esos otros paraísos que nosotros nos hemos creado: así, la solidaridad anhelada puede convertirse en un modo de lograr el paso de los bienes materiales de unas manos a otras (generalmente las mías o las de mis amigos); el logro de unos nuevos "derechos", dando legitimación a prácticas, acciones o actitudes que laven mi cara frente a los demás, justifiquen mi comportamiento o me hagan estar por encima de ellos construyendo una moral a mi medida; la política como deseo de poder o de ambición; y unos sueños religiosos que con la excusa de mística y perfección de vida, en ocasiones, enmascaran frustraciones, eluden responsabilidades o son huidas de la realidad. En definitiva, todos esos paraísos que nos creamos y nos buscamos no son más que repetir el primer pecado del hombre: el egoísmo, la afirmación de uno mismo frente a Dios y frente a los demás, que, paradójicamente, hizo perder al hombre el Paraíso para el que había sido creado.

¿Cuántas veces has escuchado las palabras de Cristo en la cruz a lo largo de tu vida? ¿Cuántas veces has escuchado este «*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*»? Seguramente me podrás decir: "Muchas veces"; "llevo viniendo al Sermón desde que era pequeño"... Pero si te preguntase ¿qué significa «*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*»? , probablemente, o no me contestarías, o nunca habrías pensado en ello, o me dirías simplemente "el Cielo".

Para entender esta palabra de Jesús nos hace falta atender al diálogo que existe entre los dos bandidos y Jesús. Dimas y Gestas habían buscado su paraíso particular en la Tierra. Seguramente se trataba de un paraíso político, ya que el término "bandido" es el mismo con el que el Evangelio designa a Barrabás. A la hora de la muerte, ese paraíso se viene abajo y llega la hora definitiva, que cada uno va a experimentar de modo diferente. Uno desde el empecinamiento en su propia verdad, en su propio egoísmo; el

palabras, las estrofas de ese hermoso himno gregoriano: «*Stabat mater dolorosa / iuxta crucem lacrimosa / dum pendebat Filium*» ('La Madre estaba llorosa / junto a la cruz lacrimosa / de donde colgaba el Hijo').

Una composición medieval que intenta sumergirnos en la crucifixión de Cristo desde la perspectiva de la Santísima Virgen. A lo largo de los siglos, insignes compositores han ido poniendo música a esos viejos versos latinos. Hace no muchos años, en 2007, el maestro Palazón compuso un nuevo *Stabat Mater* para una misa de réquiem; no solo compuso una nueva melodía, sino que, con el mismo espíritu de la tradición de la Iglesia, encargó una nueva letra, que refleja fielmente la figura de María al pie de cruz, pero que al menos en su comienzo contiene una nota que puede servirnos en la reflexión de esta mañana:

«*Eres, Madre dolorosa, / roca firme junto al Hijo / que se entrega por amor. / Fruto excelso levantado, / en el árbol nos redime / traspasado de dolor. / Madre llena de amargura, / ojos de mirar el llanto / con que llora el corazón. / Los que clavan a tu Hijo / han clavado en ti primero / una espada de aflicción*».

«*Roca firme junto al Hijo*»... La palabra latina "stabat", con la que se inicia el canto, indica estar, pero con sentido de permanencia, de estar enraizado, firme, fiel. La expresión "roca" empleada en esta nueva versión posee, además, un contenido eclesial que nos remite a otros dos pasajes evangélicos: aquel en que Jesús nos habla de la casa edificada sobre arena y la casa edificada sobre roca; y aquel en que después de la confesión de Pedro, el Señor dice: «*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará*» (Mt 16,18). María es la madre fuerte, rocosa, que ve morir al Hijo amado; pero es también la Madre que da a luz a nuevos hijos: ese hijo que eres tú, ese hijo de la Iglesia que eres tú; porque la Madre María es la imagen de la Iglesia.

Hace unos días, en un programa de televisión, aparecía un sacerdote cubano al que se preguntaba cómo había sido posible su vocación en la Cuba comunista; fue explicando las diferentes circunstancias de su vida, y llegó el momento en que debía realizar una tarea evangelizadora, de puerta en puerta. En una casa se presentó, dijo quién era y qué estaba haciendo; entonces el padre le dijo cortésmente "que en aquella casa todos eran comunistas y no creían en Dios". El entonces seminarista, al ver una

4. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46; Mc 15,34)

De las siete Palabras de Cristo en la cruz, esta ha sido siempre la que más interrogantes ha presentado a aquellos que se sumergen en el estudio de la Sagrada Escritura, porque tiene que ver con la bondad de Dios, con su omnipotencia, con nuestra libertad. También tiene que ver con lo que se llama la autoconciencia de Jesús, si sabía quien era realmente...; a ello se unen las tinieblas de esas tres últimas horas de Jesús en la cruz y el silencio de Aquél que tantas veces se había manifestado señalándole como Hijo.

El papa Benedicto XVI, comentando las últimas palabras del Señor, lo decía así en la Audiencia General del pasado 8-2-2012: *«Las palabras que Jesús dirige al Padre son el inicio del Salmo 22, donde el salmista manifiesta a Dios la tensión entre sentirse solo y la conciencia cierta de la presencia de Dios en medio de su pueblo... El salmista habla de "grito" para expresar ante Dios, aparentemente ausente, todo el sufrimiento de su oración... "El grito en el tormento extremo es al mismo tiempo certeza de la respuesta divina, certeza de la salvación, no solamente para Jesús mismo, sino para "muchos"»* (Jesús de Nazaret II, p. 251). *En esta oración de Jesús se encierran la confianza extrema y el abandono en las manos de Dios, incluso cuando parece ausente, cuando parece que permanece en silencio, siguiendo un designio que para nosotros es incomprensible».*

Todos, en algún momento de nuestras vidas, quizás en muchos, experimentamos el sufrimiento. Normalmente no en la forma dramática de una muerte violenta, aunque ahí tenemos a las víctimas y familiares de víctimas del terrorismo, pero sí en muchas circunstancias de la vida: no podemos obviar los terribles efectos que esta larga crisis económica está teniendo en tantos miles de familias españolas. Tampoco el drama de los miles de mujeres que cada año se ven impedidas para ser madres, muchas veces no por su propia voluntad, sino porque su entorno o la sociedad misma cercenan eso que más que un derecho es la dimensión natural de toda mujer. O el drama de tantos matrimonios que se rompen porque es mucho más sencillo dejar los problemas de lado que enfrentarlos. O la necesidad de tener que abandonar el propio país para conseguir un modo de vida digno. Ni la impotencia que sentimos ante

5. «Tengo sed» (Jn 19,28)

Los estudiosos de la Biblia consideran esta quinta Palabra como el cumplimiento de lo recogido en el Salmo 69: «*Para mi sed me dieron vinagre*» (Sal 69,22). También encuentran en ella un reflejo del cántico de la viña del profeta Isaías: «*Esperaba que diera uvas, pero produjo agraces*» (Is 5,2).

Sin embargo, en mi imaginario personal hay dos relatos a los que me remite la sed del Señor: La primera es una escena doble de la película *Ben-Hur*. Un Jesús al que no se le ve la cara da agua a aquel hombre condenado a galeras. En la cruz es ese mismo hombre el que devuelve el favor al Nazareno, acercando a los labios de Cristo la caña empapada de vinagre y agua. Ese fotograma nos acerca de un modo claro a la sed como fenómeno físico.

La otra escena es mucho más importante. Por lo pronto se trata de un texto del Evangelio de san Juan, y en él la sed física de Jesús se convierte en la excusa para mostrar su sed de amor hacia los hombres: se trata del bellísimo relato de la samaritana (Jn 4,1-45). Independientemente del simbolismo que el agua tiene en el Evangelio de Juan, y las referencias a la historia salvífica del pueblo de Israel que supone que se desarrolle en el pozo de Jacob «*que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados*» (Jn 4,12), lo que resulta verdaderamente impresionante es el diálogo de Jesús con la samaritana.

Imagina que la samaritana eres tú y que Jesús te pide de beber. Probablemente le harías ese favor. Pero ¿cómo reaccionarías cuando, metidos en la conversación, él manifestase conocer cosas de tu vida, cosas que tú ves normales porque son normales para la sociedad, y te mostrase la verdad de tu comportamiento? La samaritana tenía fe; aunque separados de los judíos, los samaritanos tenían la misma fe. Tú también dices que tienes fe, pero al igual que el de ella tu comportamiento no se ajusta a lo que dices creer; seguramente tampoco eso te acarrea sentimiento de culpa alguno. Pero hay algo que ya no es el agua física, el no tener que ir al pozo a sacarla, que le impulsa a llamar a sus vecinos. Quizá su vida no era tan dichosa como pensaba hasta entonces; piensa si lo es la tuya.

del desierto, cuando habla del cumplimiento de la voluntad de Dios, cuando Pedro se escandaliza ante el anuncio de la pasión, en la oración en el huerto...).

Todo se ha cumplido... ¿Puedo yo decir lo mismo de mi vida? ¿Cumplo la voluntad de Dios? ¿Soy obediente a lo que Él me pide?

Seguramente pensamos que aquel que obedece es menos libre, ya que hemos identificado la libertad con hacer lo que a cada uno nos apetece y nos parece que eso es lo correcto. Sin embargo, aquel que obedece al Señor, que cumple la voluntad de Dios, es más libre, porque es capaz de desatarse de aquello que más le sujeta y que es el propio yo.

¿Pero cuál es la voluntad de Dios? La respuesta, que te puede parecer difícil, nos la da el propio Jesús cuando el joven rico le pregunta «¿qué debo hacer para ganar la vida eterna». Le responde: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt 19,17). Una respuesta sencilla y clara: cumplir los mandamientos. Muy probablemente, todos cojeamos de alguno o de muchos de eso que los judíos llamaban las diez palabras de vida.

Esas palabras de vida se van concretando de un modo diferente en la existencia de cada uno de nosotros. No vive de igual modo la santificación del tiempo una persona consagrada que otra que no lo es; la diferencia más importante es el rezo de la liturgia de las horas como obligación contraída en la profesión religiosa o la ordenación sagrada. No vive de igual modo la castidad una persona casada que otra que no lo está... Lo importante para un católico está en realizar la vocación a la que ha sido llamado en la Iglesia y que tiene una finalidad común a todos: la santidad.

También la Iglesia como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo está llamada a cumplir la voluntad de Dios. Para eso, el Señor le ha dotado de unos medios, podríamos decir constitucionales, para llevar a cabo su tarea en el mundo: el aspecto jerárquico y el aspecto carismático supeditado a aquel. Por eso es importante la unidad en torno al ministerio apostólico. Realizar la voluntad de Dios en nuestra vida supone realizar la voluntad de Dios como Iglesia.

En la sociedad norteamericana se está produciendo un gran debate por la imposición a todas las em-

7. «A tus manos encomiendo mi Espíritu» (Lc 23,46)

El paso titular de esta Cofradía de las Siete Palabras, en cuyo centro está el Santísimo Cristo de las Mercedes, lleva el título de esta palabra. Las profecías se han cumplido, el inocente ha muerto por los culpables; las últimas tres horas de Jesús han sido de silencio y tinieblas, salvo esas últimas palabras de abandono de los hombres, y de abandono y confianza de Cristo en el Padre.

Parece que todo ha acabado, y sin embargo hay una gran revolución cósmica: un terremoto, la tierra se abre y los muertos salen de sus sepulcros, el velo del Templo se rasga y al centurión pagano se le abren los ojos a la fe: «*Verdaderamente este era justo*» (Lc 23,47). Quedan tres días, cuarenta horas para la Resurrección, y el mundo ya ha cambiado porque Cristo, reconciliado con el Padre, ha salvado aquello que el hombre había perdido por el pecado.

El pecado, el sufrimiento y la muerte siguen existiendo en el mundo, pero la muerte del Señor hace que no tengan la última palabra. La última palabra que Dios nos da es de vida. Vida terrena que nos lanza a ser defensores de la creación que Él nos ha dado, dominando la tierra y haciéndola producir, sin que la podemos entender solo ni fundamentalmente en términos económicos; es el hogar de los hombres, en el que hay sitio para todos. Del valor y dignidad de toda vida humana, puesta por Dios como cima de esa Creación y sagrada en cuanto imagen y semejanza suya, desde el momento de la concepción al de la muerte natural. También de la vida eterna, horizonte y meta de nuestro paso por este mundo y que nos llama a vivir solo de Dios.

Todo esto solo podemos realizarlo desde la fe, a la que el papa Benedicto XVI nos convoca a partir del 11-11-2012, por medio de la Carta Apostólica *Porta Fidei*, que en su n. 4 hace referencia a la Asamblea General del Sínodo de los Obispos con el tema "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana". Y en su n. 6 aparece como «*una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados (cf. Hch 5,31)*».